De Abraham, el patriarca hebreo que salió de Mesopotamia, a Jacob, que recibió el nombre de Israel tras luchar con un misterioso personaje divino; de Judá, cuyo nombre dio origen a la denominación judío, a Josué, el hombre que condujo al pueblo elegido hacia la tierra prometida. Una explicación bíblica, histórica y teológica para comprender las raíces de nuestra fe.

Hay palabras que utilizamos habitualmente sin detenernos a examinar su verdadero significado. En la Biblia, en la historia de la Iglesia y en las conversaciones actuales encontramos constantemente términos como hebreo, israelita, judío e israelí. Con frecuencia se emplean como si fueran sinónimos, cuando en realidad tienen orígenes, significados y contextos históricos diferentes.

Esta distinción no es una cuestión secundaria ni un simple ejercicio de erudición. Es fundamental para comprender correctamente las Sagradas Escrituras, seguir el desarrollo de la Antigua Alianza y reconocer cómo Dios preparó, a través de generaciones, la venida de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Por qué Abraham es llamado hebreo? ¿Qué relación tiene esta palabra con cruzar el río Éufrates? ¿Por qué Jacob recibió el nombre de Israel después de luchar durante la noche con un misterioso personaje al que la propia Escritura relaciona con Dios? ¿Qué significa el nombre Judá y cómo terminó dando origen a la denominación judío? ¿Qué papel desempeñó Josué en la historia de los israelitas?

Son preguntas relacionadas, pero cada una nos conduce a un momento diferente de la historia de la salvación.

Para comprenderlas debemos partir de una primera aclaración: Abraham, Jacob, Judá y Josué no desempeñaron la misma función ni pertenecieron a la misma generación. Abraham fue el patriarca de la promesa; Jacob fue quien recibió el nombre de Israel; Judá fue uno de sus hijos y antepasado de la tribu que lleva su nombre; y Josué fue el sucesor de Moisés, encargado de conducir a los israelitas hacia Canaán.

La historia de estos personajes nos permite distinguir tres grandes denominaciones:

- Hebreo: término antiguo relacionado con los patriarcas y, particularmente, con Abraham.
- Israelita: denominación que procede de Israel, el nuevo nombre de Jacob, y que identifica a sus descendientes.
- Judío: palabra procedente de Judá y de la posterior evolución histórica del reino y del

pueblo de Judá.

No son tres pueblos completamente independientes. Son denominaciones vinculadas a una misma historia, pero nacidas en circunstancias diferentes.

Y, sobre todo, son parte de una historia que, desde la perspectiva cristiana, encuentra su plenitud en Jesucristo.

1. ABRAHAM: EL PATRIARCA HEBREO Y EL HOMBRE QUE CRUZÓ HACIA LA TIERRA PROMETIDA

Para comprender el origen del término hebreo tenemos que remontarnos a Abraham, una de las figuras más importantes de toda la Sagrada Escritura.

Antes de que existiera Israel como pueblo, antes de que se formaran las doce tribus y mucho antes de que apareciera la denominación judío en su sentido histórico posterior, encontramos a un hombre llamado Abram.

La Biblia nos presenta su vocación en el capítulo 12 del Génesis:

> *«El Señor dijo a Abrán: Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y será una bendición».*
>
> *(Génesis 12,1-2).*

Este acontecimiento constituye uno de los momentos decisivos de la historia de la salvación.

Dios llama a Abraham y le pide que abandone su tierra, su entorno familiar y las seguridades que hasta entonces habían definido su existencia. Le promete una descendencia numerosa, una tierra y una bendición que alcanzará a todas las naciones.

No se trata simplemente de una migración geográfica. Es el comienzo de una relación especial entre Dios y un hombre que acepta caminar confiando en su palabra.

¿De dónde procede la palabra hebreo?

En Génesis 14,13 encontramos una de las referencias bíblicas más antiguas y explícitas a esta denominación:

> *«Un fugitivo vino a avisar a Abrán el hebreo».*

En el texto original aparece la expresión ha-ʿivrí (הָעִבְרִי), que podemos traducir como «el hebreo».

Su etimología suele relacionarse con la raíz semítica עבר, formada por las consonantes ʿ-b-r.

El verbo hebreo correspondiente es ʿavar (עָבַר), cuyo significado incluye:

- Pasar.
- Atravesar.
- Cruzar.
- Ir de un lado a otro.
- Traspasar un límite o una frontera.

De esta raíz procede también ʿéver, término relacionado con el otro lado o la otra orilla.

Aquí encontramos una de las explicaciones tradicionales más conocidas del origen de la palabra hebreo: la persona que viene del otro lado, que ha atravesado una región o que procede de más allá de un río.

Es importante corregir una confusión lingüística: la raíz es ʿavar, no habar. La letra inicial hebrea ʿayin representa un sonido gutural que no tiene equivalente exacto en español y que puede provocar transcripciones fonéticas equivocadas.

¿Significa hebreo «el que cruzó el río Éufrates»?

Esta interpretación tradicional merece una explicación detenida.

Abraham procedía de Ur de los caldeos, en Mesopotamia. Posteriormente, su familia se estableció en Jarán, antes de emprender el camino hacia Canaán.

El Génesis relata:

> *«Tomó Abrán a Saray, su mujer, y a Lot, hijo de su hermano, con todos los bienes que habían adquirido y los esclavos que habían ganado en Jarán, y salieron para dirigirse a Canaán».*
>
> *(Génesis 12,5).*

La geografía de esta migración está relacionada con Mesopotamia y con las grandes rutas que conectaban la región del Éufrates con Siria y Canaán.

Por ello, algunos intérpretes tradicionales han asociado la palabra hebreo con la condición de Abraham como hombre procedente de la otra orilla del Éufrates.

Esta explicación resulta sugerente y tiene una larga tradición interpretativa.

Sin embargo, debemos ser rigurosos: la Biblia no afirma expresamente que Abraham recibiera el nombre de hebreo porque hubiera cruzado el Éufrates. Tampoco existe unanimidad académica sobre el origen exacto de la denominación.

La relación con la raíz ʿavar, que significa cruzar o atravesar, es lingüísticamente relevante; la identificación concreta del río Éufrates como origen del nombre es una interpretación tradicional, no un hecho demostrado por el texto bíblico.

También existe otra interpretación antigua que relaciona a Abraham con Éber, antepasado mencionado en Génesis 10,21 y 11,14-17. Esta posibilidad muestra que el origen del término ha sido objeto de diferentes explicaciones desde antiguo.

Abraham: el hombre que pasó de una vida anterior a una vida de fe

Más allá de la cuestión etimológica, Abraham representa un acontecimiento espiritual fundamental.

Su vida nos enseña que la fe exige abandonar aquello que nos impide responder a Dios.

Abraham deja su tierra sin conocer todos los detalles de su destino. No dispone de garantías humanas. No sabe cómo se cumplirán las promesas que ha recibido.

Pero obedece.

San Pablo recordará precisamente esta dimensión:

> *«Por la fe, Abraham obedeció a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en herencia, sin saber adónde iba».*
>
> *(Hebreos 11,8).*

La figura de Abraham nos permite comprender que la fe no consiste únicamente en aceptar intelectualmente que Dios existe. Significa confiar en Él, obedecer su voluntad y permanecer fiel incluso cuando no comprendemos completamente el camino.

Por eso Abraham es llamado padre de los creyentes.

Su importancia supera las fronteras de Israel: judíos, cristianos y musulmanes reconocen en él una figura fundamental de su tradición religiosa, aunque sus interpretaciones teológicas sean diferentes.

Para nosotros, los católicos, Abraham es especialmente importante porque en él comienza a manifestarse una promesa que alcanzará su plenitud en Jesucristo.

> *«Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra».*
>
> *(Génesis 12,3).*

Esta promesa será decisiva para comprender posteriormente la universalidad de la salvación.

2. JACOB: EL HOMBRE QUE LUCHÓ CON DIOS Y RECIBIÓ EL NOMBRE DE ISRAEL

Si Abraham está relacionado con los orígenes patriarcales del término hebreo, para comprender la denominación israelita debemos dirigir nuestra atención a Jacob.

Jacob era nieto de Abraham e hijo de Isaac.

La genealogía bíblica es sencilla:

Abraham → Isaac → Jacob.

Jacob tuvo doce hijos, de cuya descendencia surgirían las doce tribus de Israel.

Pero Jacob no nació con el nombre de Israel. Lo recibió después de un acontecimiento extraordinario que ocupa un lugar central en el libro del Génesis.

La lucha nocturna junto al río Yaboc

El episodio se encuentra en Génesis 32,23-33.

Jacob está a punto de reencontrarse con su hermano Esaú, con quien había mantenido una relación conflictiva.

Después de hacer pasar al otro lado del río Yaboc a su familia y sus posesiones, permanece solo durante la noche.

Entonces sucede algo misterioso:

> *«Jacob se quedó solo. Un hombre luchó con él hasta rayar el alba».*
>
> *(Génesis 32,25).*

El combate se prolonga durante toda la noche.

El misterioso personaje toca la articulación del muslo de Jacob y lo deja herido. Sin embargo, Jacob no lo suelta.

Cuando aquel personaje le pide que lo deje marchar, Jacob responde:

> *«No te soltaré hasta que me bendigas».*
>
> *(Génesis 32,27).*

Entonces recibe una respuesta que cambiará para siempre su identidad:

> *«Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido».*
>
> *(Génesis 32,29).*

Jacob recibe un nombre nuevo.

A partir de ese momento, su descendencia será conocida como los hijos de Israel.

¿Quién era realmente el personaje con el que luchó Jacob? ¿Era Dios o un ángel?

Esta pregunta merece una explicación teológica especialmente cuidadosa.

El Génesis presenta inicialmente al adversario como un hombre misterioso.

Sin embargo, el propio Jacob interpreta el acontecimiento como un encuentro con Dios:

> *«He visto a Dios cara a cara y ha quedado a salvo mi vida».*
>
> *(Génesis 32,31).*

Por otra parte, el profeta Oseas, al recordar este episodio, introduce una referencia al ángel:

> *«En el seno materno suplantó a su hermano, de adulto luchó con Dios. Luchó con el ángel y lo venció».*
>
> *(Oseas 12,4-5).*

Por tanto, la Escritura relaciona el mismo acontecimiento con Dios y con un ángel.

No estamos ante una pelea ordinaria entre dos hombres. Es un encuentro sobrenatural en el que se manifiesta misteriosamente la presencia divina.

Desde la tradición cristiana, este pasaje se ha contemplado como una manifestación de Dios y algunos intérpretes han establecido relaciones tipológicas con las teofanías del Antiguo Testamento y con Cristo.

Sin embargo, debemos evitar afirmar que el texto identifica expresamente a aquel personaje con Jesucristo. La identificación directa no aparece en el relato.

¿Qué significa Israel?

El propio Génesis proporciona una interpretación:

«Porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido».

Tradicionalmente, el nombre Israel se ha interpretado como «el que lucha con Dios» o «Dios lucha», aunque su etimología lingüística exacta es objeto de discusión.

Lo verdaderamente importante es que Jacob recibe una identidad nueva después de su encuentro con Dios.

Hay un detalle que no debemos pasar por alto: Jacob sale bendecido, pero también herido.

Su muslo queda lesionado y desde entonces camina con dificultad.

Esta imagen posee una profundidad espiritual extraordinaria.

El encuentro con Dios no siempre elimina inmediatamente nuestras heridas, debilidades o sufrimientos. A veces nos transforma precisamente a través de ellos.

Jacob ya no es simplemente el hombre que intenta conseguir las cosas mediante su astucia. Ahora ha experimentado que necesita la bendición divina.

La fe no consiste en dominar a Dios, sino en permanecer ante Él con perseverancia, humildad y confianza.

3. ISRAELITA: EL NOMBRE QUE RECIBIÓ TODO UN PUEBLO

Una vez que Jacob recibe el nombre de Israel, sus descendientes comienzan a ser identificados como los hijos de Israel.

De aquí procede la denominación israelita.

Israelita significa, en su sentido bíblico original, miembro del pueblo descendiente de Jacob-Israel.

No se trata todavía de una denominación limitada a los habitantes de Judá. Hace referencia a la totalidad de los descendientes de Jacob y, posteriormente, a la comunidad constituida por las doce tribus.

Los doce hijos de Jacob y el nacimiento de las doce tribus

Jacob tuvo doce hijos, que constituyen el fundamento genealógico de las doce tribus de Israel.

Hijo de Jacob	Tribu
Rubén	Rubén
Simeón	Simeón
Leví	Leví
Judá	Judá
Dan	Dan
Neftalí	Neftalí
Gad	Gad
Aser	Aser
Isacar	Isacar
Zabulón	Zabulón
José	Efraín y Manasés
Benjamín	Benjamín

Debemos hacer una precisión: la enumeración de las doce tribus puede variar según el pasaje bíblico, porque José aparece representado territorialmente por sus dos hijos, Efraín y Manasés, mientras que Leví recibe una función sacerdotal y no dispone de una heredad territorial ordinaria como las demás tribus.

En cualquier caso, las doce tribus representan la descendencia de Israel y constituyen la estructura fundamental del pueblo elegido.

El libro del Génesis presenta esta descendencia y el libro del Éxodo nos muestra cómo aquella familia patriarcal se convirtió en una comunidad numerosa.

De una familia a un pueblo: la esclavitud de Egipto

La historia continúa con José, uno de los hijos de Jacob.

Después de ser vendido por sus hermanos, José llega a Egipto, donde, por una serie de acontecimientos providenciales, alcanza una posición de autoridad.

Durante una época de hambre, Jacob y su familia se trasladan allí.

Con el paso de las generaciones, los descendientes de Israel aumentan considerablemente.

El libro del Éxodo describe esta multiplicación:

> *«Los israelitas fueron fecundos y se multiplicaron, llegaron a ser muy numerosos y fuertes, y llenaron el país».*
>
> *(Éxodo 1,7).*

Pero la situación cambia radicalmente.

Un nuevo faraón, que ya no reconoce la importancia de José, comienza a oprimirlos y someterlos a trabajos forzados.

El pueblo que había encontrado refugio en Egipto termina convertido en un pueblo esclavizado.

Es entonces cuando Dios suscita a Moisés para liberarlo.

La salida de Egipto, el paso del mar Rojo y la alianza del Sinaí constituyen acontecimientos esenciales para la identidad religiosa de Israel.

A partir de ese momento, Israel no es solamente una comunidad unida por una ascendencia familiar: es también un pueblo constituido por una alianza con Dios.

La alianza del Sinaí: Israel como pueblo elegido

Después de liberar a los israelitas de Egipto, Dios establece una alianza con ellos en el monte Sinaí.

El libro del Éxodo recoge estas palabras:

> *«Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa».*
>
> *(Éxodo 19,5-6).*

Este pasaje es fundamental.

La elección de Israel no significa que Dios sea propiedad exclusiva de una nación ni que los demás pueblos queden fuera de su amor.

Significa que Dios confía a Israel una misión dentro de su proyecto de salvación.

El pueblo recibe la Ley, el sacerdocio, el culto y las promesas.

Israel deberá ser testigo de la existencia del único Dios verdadero en medio de las naciones.

La elección implica una responsabilidad.

No basta con pertenecer genealógicamente a Israel: el pueblo está llamado a vivir de acuerdo con la alianza.

Esta dimensión moral y espiritual será recordada constantemente por los profetas, que denunciarán la idolatría, la injusticia y la infidelidad.

¿Cuándo aparece históricamente la denominación israelita?

Debemos distinguir dos cuestiones.

La primera es su origen bíblico: procede del nombre que Dios concede a Jacob.

La segunda es la aparición de Israel como comunidad histórica reconocible.

La Biblia sitúa su formación en el desarrollo de las tradiciones patriarcales, el Éxodo, la alianza y el establecimiento en Canaán.

Desde la investigación histórica, una referencia especialmente importante es la llamada estela de Merneptah, inscripción egipcia de finales del siglo XIII a. C., que contiene una de las menciones extrabíblicas más antiguas conocidas de un grupo llamado Israel en Canaán.

Esto resulta relevante porque demuestra que el nombre Israel ya identificaba a una población en la región durante la Edad del Bronce tardía.

No significa que podamos reconstruir con absoluta certeza todos los acontecimientos del Génesis y del Éxodo a partir de esa inscripción, pero sí constituye un testimonio histórico importante de la antigüedad de la denominación Israel.

4. JOSUÉ: EL SUCESOR DE MOISÉS QUE CONDUJO A LOS ISRAELITAS A LA TIERRA PROMETIDA

Hay un personaje que debemos incorporar necesariamente a esta historia: Josué.

Su nombre hebreo es Yehoshúa (יְהוֹשֻׁעַ), relacionado con la expresión «Yahvé salva» o «el Señor salva».

Su figura es fundamental para comprender cómo los descendientes de Jacob pasaron de ser un pueblo peregrino a establecerse en la tierra prometida.

Y conviene dejar algo muy claro:

Josué no fue quien luchó con el ángel de Dios. El personaje que protagonizó aquel combate fue Jacob.

Josué pertenece a una generación posterior y desempeña una misión completamente

diferente.

¿Quién fue Josué?

Josué era hijo de Nun, de la tribu de Efraín.

Fue ayudante de Moisés y destacó por su fidelidad a Dios.

Aparece en diferentes acontecimientos del Éxodo y de la travesía por el desierto.

En Números 13-14 lo encontramos entre los exploradores enviados a reconocer la tierra de Canaán.

La mayoría de los exploradores transmitieron un informe dominado por el miedo y el desánimo. Josué y Caleb, por el contrario, mantuvieron su confianza en Dios.

No negaban las dificultades, pero comprendían que la promesa divina era más importante que los obstáculos humanos.

Por esta fidelidad, Josué fue elegido para suceder a Moisés.

La misión de Josué: entrar en Canaán

Moisés condujo al pueblo durante la salida de Egipto y la travesía por el desierto, pero murió antes de entrar en la tierra prometida.

Entonces Dios confió la misión a Josué.

El comienzo del libro que lleva su nombre recoge esta designación:

> *«Moisés, mi siervo, ha muerto. Ahora, pues, levántate y pasa el Jordán, tú con todo este pueblo, hacia la tierra que yo les doy a los israelitas».*

> *(Josué 1,2).*

Josué debía conducir a las tribus al otro lado del Jordán y organizar el establecimiento en

Canaán.

Su misión no consistía simplemente en dirigir una expedición militar. Representaba la continuidad de la promesa que Dios había hecho a Abraham, Isaac y Jacob.

Lo que había comenzado como una promesa patriarcal estaba llegando a una nueva etapa de cumplimiento.

El paso del Jordán

Uno de los acontecimientos más importantes de su misión fue el paso del río Jordán.

El libro de Josué describe cómo los sacerdotes transportaron el Arca de la Alianza y entraron en el río.

Las aguas se detuvieron y el pueblo pudo atravesarlo.

> *«Los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza del Señor se mantuvieron firmes sobre suelo seco en medio del Jordán, mientras todo Israel pasaba por tierra seca».*
>
> *(Josué 3,17).*

El acontecimiento recuerda inevitablemente el paso del mar Rojo.

En ambos casos, Dios manifiesta su poder y conduce a su pueblo a través de las aguas.

Existe además un significado espiritual muy profundo: el pueblo que había salido de la esclavitud comienza ahora a tomar posesión de la tierra prometida.

Josué y la fidelidad a Dios

El libro de Josué no debe leerse únicamente como una narración de conquistas.

Contiene una enseñanza permanente sobre la fidelidad a la alianza.

Al final de su vida, Josué reúne a las tribus y les recuerda todo lo que Dios ha hecho por ellas.

Después les plantea una decisión:

> *«Elegid hoy a quién queréis servir».*
>
> *(Josué 24,15).*

Y añade la conocida declaración:

> *«Yo y mi casa serviremos al Señor».*
>
> *(Josué 24,15).*

Estas palabras poseen una enorme actualidad espiritual.

Josué comprende que la identidad de Israel no depende solamente de la tierra, de la genealogía o de las victorias militares.

Depende de su fidelidad a Dios.

Un pueblo puede poseer una historia gloriosa y, sin embargo, apartarse de su vocación si abandona la alianza.

Para el cristiano, este mensaje conserva toda su fuerza: no basta con haber recibido la fe; es necesario vivirla.

Jacob y Josué: dos personajes que no debemos confundir

Jacob	Josué
Nieto de Abraham.	Sucesor de Moisés.
Hijo de Isaac.	Hijo de Nun.
Padre de los doce hijos que originan las tribus.	De la tribu de Efraín.
Recibe el nombre de Israel.	Recibe de Dios la misión de conducir a Israel.

Lucha durante la noche con un misterioso personaje divino.	Conduce al pueblo a través del Jordán.
Su historia aparece principalmente en el Génesis.	Su misión se narra principalmente en el libro de Josué.

Hay una relación espiritual muy interesante entre ambos.

Jacob recibe el nombre que identificará al pueblo.

Josué conduce a ese pueblo hacia la tierra prometida.

Uno está relacionado con el nacimiento de la identidad de Israel; el otro, con una etapa decisiva de su establecimiento histórico.

5. JUDÁ: EL HIJO DE JACOB CUYO NOMBRE DIO ORIGEN A LA PALABRA JUDÍO

Llegamos ahora a la tercera denominación que debemos estudiar: judío.

Su origen está relacionado con Judá, el cuarto hijo de Jacob y Lía.

Su nacimiento aparece en Génesis 29,35:

> *«Volvió a concebir y dio a luz un hijo, y dijo: Esta vez alabaré al Señor. Por eso lo llamó Judá».*

En hebreo, Judá se escribe Yehudá (יְהוּדָה).

Su nombre está relacionado con la raíz hebrea y-d-h, vinculada a la alabanza, el agradecimiento y el reconocimiento de Dios.

El relato del Génesis presenta expresamente el nacimiento de Judá como motivo de agradecimiento de su madre Lía.

Por eso, tradicionalmente se interpreta su nombre como «alabanza» o «acción de gracias».

Aquí encontramos una distinción lingüística importante:

- ‘Avar: cruzar o atravesar. Relacionado con la explicación tradicional del término hebreo.
- Yehudá: Judá, relacionado con la alabanza y el agradecimiento.
- Yehudí: judío, denominación derivada de Judá.

La palabra judío no procede del verbo hebreo ‘avar, sino del nombre Judá.

¿Por qué adquirió tanta importancia Judá?

Judá no era el primogénito de Jacob. Ese lugar correspondía a Rubén.

Sin embargo, su descendencia adquirió una importancia extraordinaria en la historia del pueblo elegido.

En Génesis 49 encontramos las bendiciones que Jacob pronuncia sobre sus hijos antes de morir.

Al dirigirse a Judá, le dice:

> *«A ti, Judá, te alabarán tus hermanos; pondrás tu mano sobre la cerviz de tus enemigos; se postrarán ante ti los hijos de tu padre».*
>
> *(Génesis 49,8).*

Y continúa con una referencia al cetro:

> *«No se apartará de Judá el cetro, ni el bastón de mando de entre sus rodillas, hasta que venga aquel a quien está reservado, y le rindan homenaje los pueblos».*
>
> *(Génesis 49,10).*

Este pasaje tiene una importancia extraordinaria para la interpretación cristiana del Antiguo Testamento.

La referencia al cetro se ha interpretado tradicionalmente como un anuncio de la futura realeza de la descendencia de Judá y, en su sentido mesiánico, como una preparación de la esperanza en Cristo.

No debemos confundir la profecía con una descripción histórica inmediata de la monarquía. Su interpretación mesiánica se comprende a través del conjunto de la Revelación.

Judá y la historia de José

También resulta interesante observar el papel de Judá en la historia de José.

Cuando sus hermanos quieren deshacerse de José, Judá propone no matarlo, sino venderlo.

Posteriormente, durante el segundo viaje a Egipto, Judá desempeña un papel decisivo al ofrecerse como garantía de Benjamín.

En Génesis 44,18-34 pronuncia un discurso conmovedor ante José y llega a ofrecerse como esclavo en lugar de su hermano.

Este episodio revela una transformación moral importante.

Judá, que había participado en la venta de José, aparece ahora dispuesto a sacrificarse por otro miembro de su familia.

Desde una perspectiva pastoral, podemos reconocer aquí una enseñanza sobre el arrepentimiento, la responsabilidad y la posibilidad de cambiar.

La historia de Judá no es la de un hombre sin errores, sino la de alguien que desempeña un papel fundamental dentro del plan providencial de Dios.

Judá, David y la promesa mesiánica

La importancia de Judá se hace todavía mayor cuando aparece David.

David pertenecía a la tribu de Judá.

Fue ungido rey y estableció Jerusalén como capital del reino.

Con él se desarrolla una nueva etapa de la promesa divina.

En 2 Samuel 7,12-16 encontramos la alianza establecida con su descendencia:

> *«Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmes ante mí; tu trono durará por siempre».*
>
> *(2 Samuel 7,16).*

La esperanza mesiánica queda profundamente vinculada a la descendencia de David y, por tanto, a la tribu de Judá.

El Nuevo Testamento recogerá esta tradición para presentar a Jesucristo como el Mesías prometido.

San Mateo comienza su Evangelio con estas palabras:

> *«Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán».*
>
> *(Mateo 1,1).*

Y el Apocalipsis utiliza una expresión todavía más solemne:

> *«Ha vencido el león de la tribu de Judá, el retoño de David».*
>
> *(Apocalipsis 5,5).*

El León de Judá es una de las imágenes bíblicas de la realeza y victoria mesiánicas de Cristo.

Por eso, la tribu de Judá tiene un lugar especial en la historia de la salvación.

6. DE JUDÁ A JUDÍO: ¿CUÁNDO APARECIÓ ESTA DENOMINACIÓN?

Esta es probablemente la parte más importante para comprender la evolución histórica de la palabra judío.

Originalmente, Yehudí designaba a una persona perteneciente a Judá o procedente de su territorio.

El término está relacionado con la tribu de Judá y, posteriormente, con el reino de Judá.

Pero su significado fue evolucionando.

Para comprenderlo debemos detenernos en uno de los acontecimientos más decisivos de la historia bíblica: la división del reino después de la muerte de Salomón.

La división del reino: Israel al norte y Judá al sur

Después del reinado de David y de su hijo Salomón, el reino unido se dividió.

El acontecimiento aparece narrado en 1 Reyes 12.

Surgieron dos entidades políticas:

El reino de Israel, al norte.

Agrupaba a la mayor parte de las tribus septentrionales y tuvo como capital Samaría durante una parte importante de su historia.

El reino de Judá, al sur.

Estaba constituido principalmente por las tribus de Judá y Benjamín, además de grupos sacerdotales y levíticos. Su capital era Jerusalén.

Esta separación es esencial para comprender por qué las denominaciones israelita y judío comenzaron a adquirir significados históricos diferentes.

Los habitantes de ambos reinos procedían de la antigua comunidad de Israel, pero sus destinos políticos fueron distintos.

La caída del reino de Israel: 722-721 a. C.

El Imperio asirio conquistó el reino septentrional.

La caída de Samaría, generalmente fechada en torno a 722-721 a. C., puso fin a su independencia política.

Una parte de la población fue deportada y se produjeron importantes transformaciones demográficas.

Las tribus del norte no desaparecieron necesariamente por completo, pero perdieron su estructura política independiente y su identidad tribal dejó de tener la misma visibilidad histórica.

Este acontecimiento está relacionado con la tradición de las llamadas diez tribus perdidas de Israel.

La caída de Judá: 586 a. C.

Más de un siglo después, el reino de Judá también sufrió una catástrofe.

El Imperio neobabilónico, bajo Nabucodonosor II, conquistó Jerusalén en 587-586 a. C.

El primer Templo fue destruido y una parte importante de la población fue deportada a Babilonia.

Este acontecimiento supuso una crisis religiosa y nacional de enormes dimensiones.

El pueblo había perdido su monarquía, su independencia política y el Templo, que constituía el centro de su vida religiosa.

Pero la identidad de Judá no desapareció.

Precisamente durante el exilio y en los siglos posteriores, la denominación judío fue adquiriendo un sentido colectivo más amplio.

Los deportados y sus descendientes conservaron la memoria de su tierra, la alianza, la Ley y las promesas divinas.

¿Cuándo aparece la palabra judío?

La palabra Yehudí aparece ya en la Biblia antes del exilio babilónico.

Por ejemplo, en 2 Reyes 16,6 y 25,25 encontramos referencias relacionadas con los habitantes de Judá.

En el libro de Jeremías y, posteriormente, en Esdras, Nehemías y Ester, su uso se hace especialmente significativo.

Después del exilio, la denominación dejó de referirse exclusivamente a una pertenencia territorial o tribal y pasó a identificar a la comunidad histórica y religiosa que conservaba la tradición de Judá.

Con el tiempo, judío se convirtió en el nombre general de un pueblo que ya no podía definirse exclusivamente por la pertenencia a una de las doce tribus.

Esto es fundamental:

Un judío contemporáneo no tiene que demostrar que desciende biológicamente de Judá para pertenecer al pueblo judío.

La identidad judía evolucionó hasta constituir una realidad religiosa, histórica, cultural y comunitaria que puede transmitirse por descendencia o adquirirse mediante la conversión al judaísmo.

La relación entre Judá y judío es, por tanto, histórica y lingüística, pero el significado posterior de la palabra es mucho más amplio que su origen tribal.

7. HEBREO, ISRAELITA Y JUDÍO: LAS DIFERENCIAS HISTÓRICAS Y LINGÜÍSTICAS

Después de recorrer los acontecimientos bíblicos, podemos establecer con mayor precisión las diferencias entre las tres denominaciones.

No debemos entenderlas como tres pueblos completamente separados, sino como tres nombres relacionados con diferentes etapas y dimensiones de la historia de Israel.

Hebreo: una denominación antigua

La palabra hebreo aparece en el Génesis aplicada a Abraham.

Su origen se relaciona tradicionalmente con la raíz ʿavar, que expresa la idea de pasar o atravesar.

La explicación tradicional la vincula con Abraham como hombre procedente de la otra orilla del Éufrates, aunque no puede afirmarse como una etimología demostrada.

Con el paso del tiempo, hebreo también se convirtió en una denominación cultural y lingüística.

En el Nuevo Testamento, por ejemplo, san Pablo se presenta como:

> *«Hebreo de hebreos».*
>
> *(Filipenses 3,5).*

Y en Hechos 6,1 encontramos una distinción entre hebreos y helenistas dentro de la comunidad cristiana primitiva.

En ese contexto, los hebreos eran judíos vinculados a la lengua y cultura semíticas, mientras que los helenistas eran judíos de lengua y cultura griegas.

Por tanto, hebreo no es exclusivamente una denominación genealógica.

Israelita: pertenencia al pueblo de Jacob-Israel

Israelita deriva del nombre de Jacob.

Se refiere a los descendientes de las doce tribus y, en el contexto bíblico, al pueblo de la Antigua Alianza.

Es una denominación genealógica, histórica, religiosa y nacional.

San Pablo utiliza expresamente este término:

> *«Yo también soy israelita, del linaje de Abrahán, de la tribu de Benjamín».*
>
> *(Romanos 11,1).*

Aquí encontramos una precisión interesante: Pablo es israelita, descendiente de Abraham y perteneciente a la tribu de Benjamín.

Judío: una identidad histórica y religiosa

Judío procede de Judá, hijo de Jacob.

Originalmente identificaba a los habitantes de Judá y a los miembros de su comunidad.

Después del exilio babilónico, el término se generalizó hasta convertirse en la denominación del pueblo judío.

Hoy designa tanto a quienes profesan la religión judía como, en sentido étnico y cultural, a quienes pertenecen al pueblo judío.

La pertenencia al pueblo judío no depende exclusivamente de la observancia religiosa.

Aspecto	Hebreo	Israelita	Judío
Origen del nombre	Tradición relacionada con ʿavar o con Éber	Israel, nombre de Jacob	Judá, hijo de Jacob
Figura bíblica principal	Abraham	Jacob	Judá
Primera referencia relevante	Génesis 14,13	Génesis 32,29	Denominación desarrollada desde Judá
Sentido original	Procedencia o identidad hebrea	Descendencia de Israel	Pertenencia a Judá
Evolución	Identidad histórica y lingüística	Identidad de las tribus y del pueblo de Israel	Identidad del pueblo judío

Hay que recordar que estas denominaciones se solapan. Abraham puede ser llamado hebreo y patriarca del pueblo de Israel; los descendientes de Judá son israelitas y, en el desarrollo

histórico posterior, judíos.

8. UNA DISTINCIÓN NECESARIA EN NUESTRO TIEMPO: JUDÍO, ISRAELITA E ISRAELÍ

En el lenguaje contemporáneo encontramos una cuarta palabra que no debemos confundir con las anteriores: israelí.

La diferencia es sencilla, pero especialmente importante.

Israelita es una denominación bíblica e histórica.

Israelí es una denominación moderna que identifica a los ciudadanos del Estado de Israel, fundado en 1948.

Por tanto, no todos los israelíes son judíos.

En el Estado de Israel existen ciudadanos judíos, musulmanes, cristianos, drusos y pertenecientes a otras comunidades.

De la misma manera, no todos los judíos son israelíes.

Existen comunidades judías en España, Francia, Italia, Estados Unidos, Argentina y numerosos países.

Por tanto:

- Un judío puede ser español y no tener nacionalidad israelí.
- Un ciudadano israelí puede ser cristiano.
- Un ciudadano israelí puede ser musulmán.
- Un cristiano puede reconocer su herencia espiritual en Israel sin ser judío ni israelí.

Esta distinción es particularmente importante en el contexto político actual.

La religión judía, la identidad del pueblo judío, la nacionalidad israelí y las decisiones políticas del Estado de Israel son realidades diferentes.

No debemos atribuir automáticamente a todos los judíos las decisiones de un gobierno, ni identificar a todos los israelíes con una misma religión o posición política.

El respeto a la verdad histórica también exige justicia en nuestro lenguaje.

9. EL JUDAÍSMO: DE LA ANTIGUA ALIANZA AL JUDAÍSMO RABÍNICO

Una pregunta que surge naturalmente es la siguiente: ¿cuándo apareció el judaísmo como religión?

Para responder debemos evitar una simplificación.

La religión de Israel no nació repentinamente después del exilio babilónico. Sus raíces se encuentran en la fe de los patriarcas y, de manera fundamental, en la alianza establecida con Moisés.

Antes de la caída de Jerusalén ya existían:

- La fe en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob.
- La alianza del Sinaí.
- La Ley de Moisés.
- El sacerdocio.
- El culto sacrificial.
- El sábado.
- Las fiestas religiosas.
- El Templo de Jerusalén.

Todo ello constituye el fundamento de la religión de Israel.

Sin embargo, el exilio babilónico y los siglos posteriores fueron decisivos para la evolución histórica de lo que conocemos como judaísmo.

El exilio babilónico: una transformación espiritual

La destrucción del primer Templo obligó al pueblo a conservar su identidad religiosa lejos de Jerusalén.

La Ley, la oración, la enseñanza y la memoria de la alianza adquirieron una importancia todavía mayor.

El regreso de grupos de exiliados, autorizado bajo el dominio persa, permitió reconstruir

Jerusalén y su Templo.

El segundo Templo fue terminado aproximadamente en 516-515 a. C.

Los libros de Esdras y Nehemías describen esta restauración.

Durante los siglos siguientes, el judaísmo se desarrolló en un contexto de diferentes corrientes religiosas y culturales.

Entre ellas encontramos a los fariseos, los saduceos y los esenios.

La destrucción del segundo Templo: año 70 d. C.

La destrucción del segundo Templo por los romanos, en el año 70 d. C., supuso otra transformación decisiva.

El culto sacrificial del Templo dejó de poder celebrarse y la vida religiosa judía tuvo que reorganizarse.

La tradición rabínica y la interpretación de la Ley adquirieron una importancia central.

De este proceso surgió la configuración del judaísmo rabínico, cuya evolución posterior dio lugar a las formas históricas del judaísmo que conocemos.

Por tanto, debemos distinguir:

1. La fe de los patriarcas.
2. La religión de Israel bajo la alianza mosaica.
3. El judaísmo del período del Segundo Templo.
4. El judaísmo rabínico posterior a la destrucción del Templo.

Existe continuidad histórica y religiosa entre estas etapas, pero también importantes transformaciones.

10. LA IMPORTANCIA DE ESTAS DISTINCIONES PARA LA TEOLOGÍA CATÓLICA

Hasta ahora hemos estudiado los términos desde una perspectiva histórica y lingüística.

Pero, para un católico, esta cuestión tiene una importancia todavía mayor: nos ayuda a comprender la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Nuestra fe no apareció separada de la historia de Israel.

Dios fue preparando la venida de Jesucristo a través de los patriarcas, los profetas, la Ley y las promesas.

Abraham: la promesa que alcanzaría a todas las naciones

Dios llamó a Abraham para formar un pueblo, pero la finalidad de esa elección no se limitaba a una nación.

La promesa contenía una dimensión universal:

> *«Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra».*
>
> *(Génesis 12,3).*

San Pablo interpreta esta promesa en relación directa con Cristo:

> *«La Escritura, previendo que Dios justificaría a los gentiles por la fe, anunció de antemano a Abrahán esta buena noticia: En ti serán benditas todas las naciones».*
>
> *(Gálatas 3,8).*

La llamada de Abraham anticipa la universalidad de la salvación.

Israel: el pueblo que recibió las promesas

San Pablo recuerda los privilegios espirituales del pueblo de Israel:

> *«Son israelitas, y a ellos pertenecen la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto y las promesas».*
>
> *(Romanos 9,4).*

La elección de Israel es una realidad fundamental de la Revelación.

No podemos comprender la Biblia sin reconocer el papel que desempeñó este pueblo en la preparación de la venida del Mesías.

Judá: la tribu de la que procede Cristo según la carne

La genealogía de Jesucristo lo vincula con Abraham y David.

Y la carta a los Hebreos afirma:

> *«Es bien sabido que nuestro Señor nació de Judá».*
>
> *(Hebreos 7,14).*

Esto significa que Jesús pertenece al pueblo judío según su humanidad.

La Santísima Virgen María fue judía. San José fue judío. Los apóstoles fueron judíos. Los primeros discípulos que anunciaron el Evangelio procedían mayoritariamente del pueblo judío.

Jesús fue circuncidado conforme a la Ley, acudió al Templo, celebró las fiestas de Israel y vivió dentro de la tradición religiosa de su pueblo.

El propio Señor afirma:

> *«La salvación viene de los judíos».*
>
> *(Juan 4,22).*

Esta frase debe hacernos reflexionar.

El cristianismo no puede despreciar sus propias raíces.

¿Ha rechazado Dios definitivamente a Israel?

San Pablo responde a esta cuestión de manera contundente:

> *«¿Acaso ha rechazado Dios a su pueblo? ¡De ningún modo!».*
>
> *(Romanos 11,1).*

En Romanos 11 desarrolla la imagen del olivo.

Las ramas naturales representan al pueblo de Israel y las ramas de olivo silvestre representan a los gentiles que han sido incorporados mediante la fe.

El apóstol advierte:

> *«No te engrías contra las ramas».*
>
> *(Romanos 11,18).*

Es una advertencia de enorme importancia.

Los cristianos no debemos presumir de superioridad ni despreciar al pueblo del que recibimos las Escrituras y al que pertenecen los patriarcas.

El Catecismo de la Iglesia Católica, números 839-840, enseña que la Iglesia descubre su vinculación con el pueblo judío cuando profundiza en su propio misterio. Recuerda también que a este pueblo pertenecen los patriarcas, las alianzas, las promesas y la Ley, y que Cristo procede de él según la carne. Vaticano+1

La Iglesia es el Pueblo de Dios de la Nueva Alianza, constituido en Jesucristo. Pero esta realidad no autoriza a despreciar ni perseguir a los judíos.

La teología católica debe mantener simultáneamente dos verdades:

- Jesucristo es el Mesías prometido y el Salvador de toda la humanidad.
- Los dones y la llamada de Dios son irrevocables, como enseña Romanos 11,29.

Los cristianos y la descendencia espiritual de Abraham

San Pablo explica que los creyentes en Cristo participan de la promesa hecha a Abraham:

> *«Si sois de Cristo, sois descendencia de Abrahán, herederos según la promesa».*
>
> *(Gálatas 3,29).*

Esta es una de las enseñanzas más hermosas de la historia de la salvación.

Por el bautismo somos incorporados a Cristo y participamos de su vida.

No nos convertimos en descendientes biológicos de Abraham, sino en herederos espirituales de la promesa por nuestra unión con Jesucristo.

La fe cristiana reconoce así una continuidad profunda entre la Antigua y la Nueva Alianza.

11. APLICACIONES PASTORALES: CINCO ENSEÑANZAS PARA NUESTRA VIDA CRISTIANA

El estudio de estas denominaciones no debe quedarse en un conocimiento puramente intelectual.

La historia de Abraham, Jacob, Josué y Judá contiene enseñanzas que podemos aplicar a nuestra vida cotidiana.

1. Como Abraham, debemos aprender a confiar en Dios.

Abraham abandonó sus seguridades para obedecer una llamada divina.

También nosotros experimentamos momentos en los que no sabemos qué camino debemos seguir.

La fe nos enseña que no siempre necesitamos conocer todo el recorrido para dar el siguiente paso.

2. Como Jacob, debemos perseverar en la oración.

Jacob no soltó al misterioso personaje hasta recibir su bendición.

Su lucha nos recuerda que la oración exige perseverancia.

No debemos abandonar nuestra relación con Dios cuando aparecen las dificultades, el cansancio o el sufrimiento.

3. Como Josué, debemos elegir a quién queremos servir.

«Yo y mi casa serviremos al Señor».

Estas palabras constituyen una declaración de fidelidad.

En una sociedad que presenta continuamente alternativas contrarias al Evangelio, el cristiano debe recordar que su primera lealtad pertenece a Dios.

4. Como Judá, debemos aprender a cambiar y reparar nuestros errores.

La historia de Judá muestra que una persona puede evolucionar moralmente.

Quien ha cometido errores no está condenado a repetirlos.

La conversión implica reconocer el mal, asumir responsabilidades y comenzar una vida nueva.

5. Como san Pablo, debemos rechazar el orgullo espiritual.

La elección divina nunca debe convertirse en motivo de desprecio hacia los demás.

La verdadera fe conduce a la humildad, la caridad y la fidelidad.

No debemos utilizar las Escrituras para alimentar prejuicios religiosos, étnicos o políticos.

12. RESUMEN: LOS CUATRO PERSONAJES Y LAS TRES DENOMINACIONES

Para recordar todo lo que hemos estudiado, conviene reunir las figuras bíblicas fundamentales.

ABRAHAM. HEBREO

Patriarca de la fe. Su denominación se relaciona tradicionalmente con la idea de proceder del otro lado o atravesar. Génesis 14,13.

JACOB = ISRAEL

ISRAELITA

Recibe el nombre de Israel después de luchar con el misterioso personaje divino. Padre de los doce hijos que originan las tribus. Génesis 32,29.

JOSUÉ .CONDUCTOR DE ISRAEL

Sucesor de Moisés. Conduce a las tribus a través del Jordán hacia Canaán. No es el personaje que luchó con el ángel. Josué 1-3.

JUDÁ. JUDÍO

Cuarto hijo de Jacob. Su nombre se relaciona con la alabanza. Su descendencia da nombre a la tribu y al reino de Judá, origen histórico de la denominación judío. Génesis 29,35.

13. CONCLUSIÓN: DE ABRAHAM A JESUCRISTO, UNA HISTORIA DE PROMESA, ALIANZA Y SALVACIÓN

Hemos recorrido una parte fundamental de la historia sagrada.

Hemos visto que hebreo, israelita y judío no significan exactamente lo mismo.

El hebreo nos conduce a Abraham, el patriarca que abandonó Mesopotamia para responder a la llamada de Dios. Su denominación se relaciona tradicionalmente con la raíz ʿavar, que expresa la idea de cruzar o atravesar, aunque no puede asegurarse que el nombre proceda

específicamente del cruce del Éufrates.

El israelita nos conduce a Jacob, el hombre que recibió un nombre nuevo después de su lucha nocturna con un misterioso personaje relacionado con Dios y con el ángel en la interpretación bíblica. Sus doce hijos constituyen el origen genealógico de las tribus de Israel.

Josué nos muestra la continuidad de esa historia: el sucesor de Moisés que condujo a los israelitas a través del Jordán hacia la tierra prometida.

El judío nos conduce a Judá, cuarto hijo de Jacob, cuyo nombre se relaciona con la alabanza y cuyo linaje desempeñó un papel fundamental en la historia de la realeza mesiánica.

Tres denominaciones, cuatro personajes y una historia que atraviesa generaciones.

Pero hay algo todavía más importante.

Toda esta historia encuentra su plenitud en Jesucristo.

Abraham recibió la promesa. Jacob recibió el nombre de Israel. Judá fue señalado dentro de la historia de la realeza. David recibió la promesa de un reino duradero. Los profetas anunciaron la llegada del Mesías.

Y finalmente, el Verbo se hizo carne.

Nuestro Señor nació dentro del pueblo judío, descendiente de David y perteneciente a la tribu de Judá según su genealogía humana.

Él es el cumplimiento de las promesas y el Salvador de todos los hombres.

Por eso, conocer las diferencias entre hebreo, israelita y judío no es simplemente aprender historia antigua o etimología hebrea.

Es comprender mejor cómo Dios ha conducido la historia humana, cómo ha establecido sus alianzas y cómo ha preparado, generación tras generación, la llegada de su Hijo.

Abraham creyó. Jacob fue transformado. Josué condujo al pueblo. Judá recibió la promesa de la realeza. Israel recibió la alianza. Y de la historia de este pueblo nació, según la carne, Jesucristo, Salvador del mundo.

Que el conocimiento de las Sagradas Escrituras nos conduzca siempre a una fe más

profunda, a una mayor humildad y a un amor más ardiente por Nuestro Señor Jesucristo.

> *«Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre».*
>
> *(Hebreos 13,8).*